

NOTAS SOBRE EL RELIEVE DE MINERVA DE LA MURALLA DE TARRAGONA

En el verano de 1974, Th. Hauschild, dentro del marco de su sistemático estudio de la muralla de Tarragona, midió y estudió detenidamente la «Torre de San Magín»¹. En esta ocasión, el relieve que, situado a 9,25 m de altura, se conserva desgraciadamente incompleto en el lado E. de la torre, se limpió de las hierbas y matas que lo cubrían en parte, con lo que volvió a quedar visible en su totalidad. Como este relieve, cuya existencia se conoce ya desde 1933, no ha encontrado hasta ahora la atención que se merece, queremos ocuparnos de él en este pequeño estudio².

Desgraciadamente, la placa del relieve, que sobresale unos 17 cm de la superficie del muro y está enmarcada por unos listones que no son perpendiculares hacia la superficie, sino que están tallados en ligero bisel hacia ella, que a unos 8,5 cm de profundidad constituye el fondo del relieve, ha llegado a nosotros incompleta (láms. 1 y 2). La altura de la parte conservada —aproximadamente la mitad inferior del total de la placa— alcanza 1,18 m y la anchura de la placa es de 0,98 m. Los listones del marco, que no son todos exactamente de la misma altura, tienen en su cara anterior un ancho de 4,5 cm el izquierdo y 5 cm el derecho. El listón inferior, cuyo lado interior es perpendicular, al fondo del relieve, tiene de ancho unos 12 cm. Sobre la anchura del listón superior, desaparecido, sólo pueden hacerse conjeturas; probablemente tendría más o menos la misma de los dos lis-

* Los dibujos de las figuras 1 y 3 del texto se deben a U. Städtler y las fotografías de las láminas 1-5 a P. Witte.

1. TH. HAUSCHILD, MM. 16, 1975, 246 sigs.

2. Se comprende difícilmente, que A. García y Bellido no citase este relieve —unos de los pocos que se han conservado en España de la época republicana—, aunque ya era conocido, en su libro *«Esculturas Romanas de España y Portugal»*, Madrid, 1949. W. GRÜNHAGEN, MM. 17, 1976, 209 sigs.

tones laterales y presentaría, como éstos, un ligero bisel hacia el fondo del relieve. La altura total del relieve completo, que no puede calcularse con exactitud, sino sólo apreciarse aproximadamente, podría haber sido de 2,15 m (fig. 1).

Con los criterios arquitectónicos obtenidos de las investigaciones realizadas sobre la construcción de la torre hay motivos más que suficientes para suponer que el relieve se planeó y realizó expresamente



FIG. 1. Relieve de Minerva. Reconstrucción.

para el sitio donde se encuentra hoy el fragmento conservado y debió ser colocado allí en el momento en que la obra de la torre, al ir subiendo, alcanzó la altura correspondiente. Absolutamente inverosímil, por no decir imposible, resulta la hipótesis de que la escultura hubiese sido trasladada hasta aquí desde otro lugar en una fecha posterior y se hubiese adaptado como pieza reutilizada³. Este resultado, obtenido al estudiar la construcción, se confirma con el examen detallado del relieve mismo. Al observar la fotografía tomada desde un andamio

3. V. HAUSCHILD, *op. cit.*, 246, «El fragmento del relieve se encuentra, según se ve por las juntas de los sillares, in situ».

situado a la altura del relieve (lám. 1) salta inmediatamente a la vista el hecho de que la figura que, vestida con un peplos y armada con lanza y escudo y a la que sin género de duda hay que identificar como Minerva, se encuentra en pie delante (¡no «encima»!) de un pedestal bajo, en realidad no está de pie, sino que en cierto modo flota, junto con sus armas, en el espacio sin tener una línea que represente el suelo bajo sus pies (lám. 2). Este tratamiento escultórico, al parecer descuidado, de la parte inferior del relieve, no demuestra, sin embargo, otra cosa, sino que al concebir a la diosa dentro de un marco a modo de estela, se pensó que había de estar colocada a gran altura, con lo que, para el espectador que tenía que contemplarla desde abajo, tanto los pies como los extremos inferiores del escudo y de la lanza, pensados para descansar sobre el suelo, quedaban tapados por el listón inferior del marco. Del ejecutor del relieve, que sin duda no era un gran maestro, sino ni más ni menos que un probo y serio artesano, a pesar de algunas imputables deficiencias, no sería justo decir que no hubiese sido capaz de indicar algo como una superficie de sustentación o una línea de suelo. Seguramente lo consideró —no sin motivo— innecesaria.

Los dedos del pie en la pierna sobre la que se apoya la diosa representada en el relieve señalan hacia la derecha, en tanto que Minerva ha colocado su pierna izquierda, la del movimiento, mucho más atrás, en primer término de la superficie del relieve, por delante de la otra que aparece cruzada por ella. La representación de esta postura, algo complicada, de las piernas ha costado, evidentemente, algún trabajo al realizador del relieve y no ha conseguido, desde luego, salvar satisfactoriamente todas las dificultades, ni las referentes a las peculiaridades anatómicas, ni las concernientes a las proporciones de los miembros del cuerpo humano. También en la colocación y ejecución de los pliegues verticales del vestido, que hacen el efecto de un haz de juncos, y en la indicación de los pliegues sobre la robusta pantorrilla de la pierna en movimiento echada hacia atrás, se ha limitado a un simple sistema esquemático de estructuración superficial de la tela, tal como puede encontrarse en relieves y esculturas de bulto redondo hechos por canteros-escultores provinciales. Una representación lineal, muy esquemática, de pliegues, no idéntica en su ejecución, pero realizada, sin embargo, de un modo semejante, se encuentra no sólo en varias esculturas procedentes del Cerro de los Santos (Albacete), sino también en cierto grupo de relieves procedentes de Osuna, en la Bética,

con representaciones de escenas de lucha⁴ (lám. 4 b). Aun cuando el relieve de Minerva hubiese estado originariamente recubierto de una capa de estuco y ésta hubiese estado pintado, lo que desde luego ha podido ocurrir, esto sólo hubiese conseguido atenuar hasta un cierto límite la impresión más bien rústica que, en general, produce. La costumbre de recubrir esculturas y relieves realizados en piedra caliza con estuco y de pintar en parte la capa de estuco era relativamente corriente en la provincia hispana. Un tratamiento semejante de la superficie experimentaron, a juzgar por unas huellas de color rojo conservadas, por lo menos algunos, pero quizá también todos los relieves ibero-romanos de Osuna, y en las excavaciones de Munigua se encontró una estatuilla de época temprana de un cazador llevando una liebre, que debió estar alisada con una capa de estuco. En una cabeza de caliza, algo mayor de tamaño natural, encontrada en la misma excavación, el recubrimiento de estuco se ha conservado aún en gran parte. Con estuco y pintura policroma se recubrieron también, según puede comprobarse, las superficies de varios togados de la época republicana, tallados en caliza conchifera, que se encuentran en los dos museos de Tarragona. Una línea grabada unos centímetros por debajo de la línea de fractura de nuestro relieve de Minerva en el peplos de la diosa, que en su tercio izquierdo corre en zigzag, después hacia la derecha en línea casi horizontal y que se reconoce claramente en el dibujo, está

4. Esculturas del Cerro de los Santos: *ArsHis.* I, figs 260, 266, 268 entre otras; *HistEsp.* I, 3, 488 fig. 393, 491 fig. 396, 511 fig. 425. A. García y Bellido se inclinaba a datar los relieves de Osuna a mediados del siglo I a.C.; proponía relacionarlos con la toma de Osuna el año 45 a.C., después de la batalla de Munda: *ArsHis.* I, Madrid 1947, 238 y fig. 282-285. *HistEsp.* II, Madrid 1935, 5 fig. 3. El informe de los excavadores mismo no ofrece, desgraciadamente, indicación alguna aprovechable de posible datación: A. ENGELS y P. PARIS, *Une forteresse ibérique à Osuna (Fouilles 1903)*, Nouvelles Archives de Missions Scientifiques 13, 4, Paris (1906), lám. X y XI. Es muy verosímil, sin embargo, que fuesen más antiguos de lo que García y Bellido, *op. cit.*, indica y que los edificios hubiesen sido destruidos en la toma de Osuna.

Aunque no se deben comparar sin una cierta reserva relieves pequeños pertenecientes a un género completamente distinto con grandes relieves de piedra, hemos de recordar aquí las tablillas de hueso etruscas encontradas en Palestrina, que ahora se conservan en el Museo de Villa Giulia. En ellas aparecen héroes y dioses, entre otros Hermes, Heracles y Atenea con égida y cabeza de Medusa. El estilo de los pliegues de las vestiduras que llevan algunas de las figuras representadas en estas tablillas no está muy alejado del esquema de la reproducción de pliegues del peplos de la Minerva de Tarragona.

Un grupo más antiguo de estas tablillas de hueso se coloca por la mayoría de los investigadores en la 2.^a mitad del s. IV, el resto en el s. III a.C. Así, por ejemplo, Y. HULS, *Ivoires d'Etrurie*, Bruselas/Roma 1957, 81 con lám. 47 sig.; T. DOHRN en *Helbig*, Führer III (1969), 828 sig. n.º 2960; Catálogo de la Exposición *Roma Medio Republicana*, Roma 1973, lám. 96 sig. Otros abogan con argumentaciones poco convincentes por una datación en los siglos II/I a.C. V. L. B. WARREN, *A Latin triumph on a Praenestine cista*, AJA. 68 (1964), 40 m. n. 37 y lám. 15, 12.

indicado posiblemente el borde inferior del sobrepliegue del peplos, modelado solamente en estuco⁵.

El complicado motivo tridimensional de la figura en pie, aquí forzosamente muy simplificado, exigiría realmente que el cuerpo no estuviese completamente de perfil, sino, aunque no de frente, por lo menos en posición ligeramente oblicua. Pero concebir esto y llegar a dominarlo en su ejecución escultórica es cosa de la que nuestro hombre, como se ve, no se ha sentido capaz, más bien, prescindiendo de crear la ilusión de profundidad, ha extendido su figura sobre la superficie de un modo tan riguroso en posición de estricto perfil exclusivamente bidimensional que el motivo de la pierna izquierda cruzada y retraída hacia atrás, no sólo resulta extraño sino que, tal como está ejecutado, contradice sencillamente los planteamientos anatómicos. Correspondiendo a lo que puede conjeturarse por la parte del cuerpo que se ha conservado, es casi seguro que la cabeza con el casco no miraba de frente, sino que también estaba tallada en un ligero perfil.

Querer buscar un determinado modelo para nuestra Minerva sería una empresa abocada a un mínimo éxito⁶. Vamos a decir tan sólo esto: en lo que se refiere al tipo escultórico de la posición del cuerpo se trata de una reminiscencia extremadamente simplificada de un motivo estatuario del arte griego que encontramos en una serie de representaciones en relieve que se han conservado hasta nosotros desde los comienzos de la época helenística. En algunos de ellos pasa en cierto modo a través de la escultura un ritmo que asciende en forma helicoidal desde el pie de la pierna en movimiento, da la vuelta por

5. En cuanto a las reservas críticas expresadas arriba en el texto respecto a la destreza del ejecutor del relieve no debe dejar de considerarse, por otro lado, la posibilidad de que el sistema de pliegues, marcados de forma aguda en sus partes profundas y abultados en las superficiales que, contemplados de cerca, parecen tan monótonos y aburridos, no tiene que achacarse incondicional y exclusivamente a torpeza provincial del realizador. Este sistema de formación y ejecución de pliegues pudo ser debido enteramente, por ejemplo, al efecto de lejanía y haber sido trabajado, por tanto, conscientemente del modo descrito. Por lo demás: quién se atrevería, dado el número extremadamente escaso de monumentos de piedra conservados en España de la época de la república romana entre el 200 a.C. y los comienzos de la época imperial a demostrar con seguridad que el esquema de pliegues que tenemos delante representa un «estilo personal» de un escultor de relieves que trabaja en la estrechez provincial y no corresponde, en cambio, a un «estilo local», que pudo haber tenido su expresión en trabajos que no han llegado hasta nosotros de otros realizadores de esculturas en Tarraco, en la época siguiente a la llegada de los Escipiones.

6. El ejecutor del relieve pudo haber tomado el motivo de un libro de modelos; sin embargo puede también suponerse que recibió el correspondiente modelo dibujado del oficial ingeniero encargado de la dirección de la obra de la muralla, que en el curso de sus años de servicio pudo haber adquirido un extenso conocimiento de monumentos de todo género y quizá habría incluso tomado por gusto apuntes de ellos.

los hombros de la figura representada y desemboca en el brazo más o menos levantado que corresponde a esa misma pierna. Ejemplos de esto se encuentran en la representación de un hombre de Rashmnus, en una estela del Museo Nacional de Atenas, en otra estela también del museo Nacional de Atenas, en otra estela también de un hombre en el mismo Museo o en la Core de un relieve de propiedad particular inglesa⁷. Desgraciadamente no han llegado hasta nosotros representaciones de Atenea de este tipo, ni en bulto redondo ni en relieve⁸. Sin embargo, hace ya muchos años G. Lippold señaló representaciones de Atenea comparables en vasos griegos, en una carta dirigida a A. Schulten, que éste hizo imprimir en el texto de un informe publicado en el «Archäologischer Anzeiger»⁹. Schulten dio a conocer entonces la noticia de que, en el verano de 1932, al derrumbarse un muro de construcción posterior «con el que estaba revestida una parte de la torre de San Magín quedó visible en ella un relieve que representaba a Palas¹⁰, que él reproducía precisamente en ese informe¹¹.

Las observaciones que se exponen a continuación se refieren a un problema puramente anticuario, que es la determinación del estilo del escudo que se encuentra delante de la diosa. Afortunadamente se ha conservado una parte lo suficientemente grande, algo más de la mitad inferior, para que exista una base que permite una reconstrucción dibujada con la pretensión de considerarla acertada (fig. 1). ¿Qué escudo es, pues, éste? G. Lippold observa en la carta citada en la obra ya mencionada de A. Schulten: «La forma del escudo no es griega; en el prototipo que sirvió de modelo debe haber sido un escudo redondo visto de perfil con una Gorgona en el centro». En lo que se refiere a su opinión sobre el modelo griego en general, no puede quedar duda alguna de la exactitud de su identificación. También el juicio expresado en la forma más concisa posible en la primera parte de la frase, «un escudo no griego» es acertado, aunque desgraciadamente Lippold omi-

7. A. CONZE, *Att. Grabreliefs*, 54, lám. 54; N. HIMMELMANN-WILDSCHÜTZ, *Studien zum Ilissosrelief*, 25 sig.; H. K. SÜSSEROTT, *Griech. Plastik des 4. Jhs. v. C.*, Frankfurt 1938, lám. 22, 3 y 22, 4.

8. Una pequeña estatuilla de terracota de una Atenea del Museo de Manchester, cuyo peso descansa sobre la pierna izquierda, mientras que la derecha, junto a la que aparece un pequeño escudo redondo con la cabeza de Medusa, está cruzada sobrepueta, no tiene nada que ver con nuestro tema; v. *Journ. Hell. Stud.* 92, 1972, lám. XXIII b-c.

9. AA. 48, 1933, 548 sig.

10. La comparación hecha por Schulten en su librito *Tarraco*, 1948, 37 n. 1 de la Minerva de Tarragona con el bello relieve de Atenea del Museo de la Acrópolis, que mira pensativa a la piedra fronteriza, es indiscutible y no debería citarse más.

11. A. SCHULTEN, *op. cit.*, 549/550, fig. 14.

tió el dar su parecer sobre qué clase de escudo podría ser. Nosotros estamos convencidos de que puede darse por seguro que no nos encontramos aquí en modo alguno ante un escudo redondo de excesivas proporciones representado en perspectiva. Del relieve se desprende claramente que se quiso representar más bien un escudo más alto que ancho, de un tamaño considerable, que debió llegar a la altura del pecho de Minerva. A juzgar por el extremo inferior redondeado, al que el superior, no conservado, debía corresponder en lo esencial, tenía una forma ovalada y hay que señalar además que reproduce un tipo que muestra una fuerte curvatura convexa. El que, en la perspectiva oblicua en que aparece, el umbo decorado esté demasiado corrido hacia la mitad izquierda del escudo, se explicaría con gran verosimilitud considerando que la cabeza del animal representado en él, de la que hablaremos más adelante, debería poder reconocerse de la manera más visible y clara posible en su totalidad. La peculiar inclinación u oscilación hacia delante del extremo inferior del escudo en dirección de su eje longitudinal no quiere seguramente significar nada, sino que depende más bien, como hemos señalado antes, del hecho de que la parte inferior del relieve, a causa del listón inferior saliente del marco del relieve, no podía ser vista por el espectador situado mucho más abajo y con ello el extremo inferior del escudo, lo mismo que el pie en reposo de la diosa, que flotaban libremente en el espacio, quedaban ocultos ¹².

En opinión del autor de este estudio, casi no puede hacerse ninguna objeción válida a la suposición de que la forma de este escudo está copiada de un *scutum* ovalado romano de la época de la república —ya sea uno de los que se usaban en la época de la construcción de la muralla, ya se trate tal vez de un tipo algo arcaico, que no conocemos por existir quizá un vacío en el material llegado hasta nosotros— en el que por el momento prescindiremos de la forma y la decoración

12. Esta explicación debe corresponder más a la realidad de los hechos que una consideración hecha al principio por el autor acerca de si no sería posible que se reflejase aquí una forma de escudo que, según nuestros conocimientos, existió realmente en algunos ejemplos originales de la época republicana. La técnica especial utilizada por los romanos en la fabricación de estos escudos consistió en encolar juntas varias capas de madera. Esta referencia, así como otras más, se debe al Dr. D. Beetz, Director del Museo de la Saalburg, al que el autor agradece cordialmente todas las informaciones facilitadas.

Podemos descartar la posibilidad de que nuestra figura fuese quizás una Victoria flotando en el aire —acaso delante de un *tropaion*— ya que entonces debería estar representada con las puntas de los pies hacia abajo. V. Altares de Lares en el Vaticano y en Florencia: RM. 76, 1969, lám. 65, 1; BullCom. 82, 1970/71, lám. 58, 2.

del umbo. El hecho de haber equipado a la Minerva que vigila desde lo alto de la torre de la muralla como protectora de la ciudad con un escudo de legionario romano, que por su umbo no corriente asciende a una categoría especial de «escudo de dioses», pudo deberse y verosimilmente así hubo de ser, al propósito de conferir a la representación una significación marcadamente simbólica.

Grandes escudos de forma longitudinal ovalada de cuatro pies de altura, una forma especial también de cinco pies, que estaban reforzados con una nervadura longitudinal y cuyos bordes, según nos ha transmitido Plutarco (Camillus 40), se habían también reforzado con guarniciones de chapa, se encuentran en representaciones y monedas romanas desde comienzos del siglo III a.C.¹³. Así los encontramos en monedas de Ariccia¹⁴ y de Lokri Epizephyrioi, que muestran a Roma sedente con escudo ovalado y que tuvieron que ser acuñadas hacia el 274 a.C., después de la retirada de Pirro de la Italia meridional¹⁵. Con un gran escudo ovalado de este tipo se cubre un guerrero en el compartimento inferior del fragmento de un fresco de una cámara sepulcral del Esquilino¹⁶, al que A. Alföldi, con el asentimiento de algunos investigadores y adoptando la atribución de una fecha tardía señalada hace ya mucho tiempo por otros, cree poder colocar a mediados del siglo II a.C.¹⁷, aunque argumentos de más peso hablan a favor de datar la pintura en la 1.ª mitad del siglo III a.C.¹⁸. Que existe un parentesco próximo entre el escudo de Minerva y los largos escudos ovalados descritos por Polibio que llevaban los legionarios de la segunda a la cuarta clase, se ve en escenas en relieve del friso del monumento ecuestre de Aemilius Paullus en Delfos, erigido después de

13. POLYBIOS 6, 23, 2-5; PLUTARCO, *Aem. Paul.* 20 (para el escudo mayor); P. COISSIN, *Les Armes Romaines*, Paris 1926, 240 sigs. 316 sigs.; FIEBIGER, RE II A, esp. 914 sigs.; H. M. PARKER, *The Roman Legions*, Oxford 1928 (reimpresión 1958), 11, 15; D. KIENAST, *Die politische Emanzipation der Plebs und die Entwicklung des Heerwesens im frühen Rom*, Bjb. 175, 1975, 83 sigs. esp. 101 sigs.

14. R. GARRUCCI, *Le Monete dell'Italia antica ...*, Roma 1885, II, lám. 14, 1 a y b; R. HERBIG, *Aes signatum*, RM. 63, 1956, 10 sig. lám. 5,2, 7,3; D. KIENAST, *op. cit.*, 103 fig. 11.

15. R. GARRUCCI, *op. cit.*, lám. 112, n.º 31, 32; P. FRANKE y M. HIRMER, *Die griechische Münze*, Munich 1964, lám. 101 abajo (el nervio longitudinal y el umbo no se reconocen tan claramente en Franke/Hirmer como en Garrucci, *op. cit.*).

16. E. PFUHL, *MuZ.* vol. 3, 346, fig. 751; W. HELBIG, *Führer II*, 1966⁴ 401 sigs. n.º 1600. Se relaciona más bien con las pinturas sepulcrales de Paestum de finales del s. IV a.C.

17. A. ALFÖLDI, *Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen*, Baden-Baden 1952, 50 sig. y lám. 3. Además D. KIENAST, *op. cit.*, 105 m. n. 65.

18. V. además F. COARELLI en el Catálogo de la Exposición *Roma Medio Repubblicana*, Roma 1973, 283 sigs. con fig. 15.

la batalla de Pidna, o sea con posterioridad al 168 a.C.¹⁹. Que entre los romanos, junto a los escudos ovalados de tamaño usual, se utilizaron realmente otros aún algo más altos se comprueba por una escena de la placa con relieves de la llamada Ara de Domitius Ahenobarbus, que se encuentra en el Louvre de París, donde se reconoce claramente que el escudo ovalado que, apoyado en el suelo, cubre a su dueño hasta el pecho es considerablemente mayor que el que sostiene en alto por delante del lado izquierdo del pecho el compañero que se encuentra de pie junto a él. En la controversia sobre la fecha de este monumento, en la que han tomado parte F. W. Goethert (hacia 115 a.C.), F. Castagnoli (57 a.C.), H. Kähler (mediados de los años sesenta del s. I a.C.), F. Coarelli, así como A. H. Borbein (hacia el 100 a.C.), por no citar aquí más que algunos autores, no entraremos más detenidamente, ya que para nuestro problema no tiene una importancia decisiva²⁰. Es cosa conocida que el empleo del escudo oval, cuya invención y difusión debió tener lugar a finales del siglo IV a.C., sin que pueda señalarse una fecha más precisa, admite aún con mayor dificultad el fijar un determinado momento para el término de su utilización. Aun cuando, aproximadamente a partir de la época cesárea, la infantería fue abandonando el escudo ovalado y adoptó el escudo rectangular semicilíndrico, tal como se conoce por los monumentos de la época imperial²¹, esto no significa en modo alguno que el escudo ovalado desapareciera totalmente. Escudo ovalados más pequeños, sin curvas o sólo muy ligeramente curvados, continuaron usándose por las tropas auxiliares y también encontramos escudos ovalados algo mayores hasta bien entrada la época imperial. En los relieves de la Cancillería, por ejemplo, los pretorianos aparecen equipados con ellos. Sus escudos

19. H. KÄHLER, *Der Fries des Reiterdenkmals des Aemilius Paullus in Delphi* (Monumenta Artis Romanae V), Berlin 1965, lám. 6. 14 y 15; L. BUDE, *Das römische Historienrelief I*, en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt I*, 4 (láms.) 156 sig. a y d; D. KIENAST, *BjB*. 175, 1975, 101 sig., fig. 7-9.

20. F. W. GOETHERT, *Zur Kunst der Römischen Republik*, Berlin 1931, 7 sigs.; F. CASTAGNOLI, *Il problema dell' «Ara di Domizio Enobarbo»*, *Arti Figurativa* 1, 1945, 181 sigs.; H. KÄHLER, *Armilustrum und Seethiasos. Reliefs aus dem Palazzo Santa Croce in Rom* (Monumenta Artis Romanae VI), Berlin 1966, lám. 5, 2; EL MISMO, *Rom und seine Welt*, Munich 1958, lám. 64; F. COARELLI, *L'ara de Domizio Enobarbo e la cultura artistica in Roma nel II secolo a.C.*, en *Colloqui di Archaeologica*, III (1968); EL MISMO, *Dial. di Arch.* 2, 1968, 302 sigs.; 4/5, 1970/71, 273 sigs.; A. H. BORBEIN, *JdI*. 90, 1975, 258; E. NASH, *Bildlexikon z. Topogr. d. Ant. Rom II*, Tübingen 1962, 120 sigs. Reproducido también en D. KIENAST, *BjB*, 175, 1975, 102, fig. 10 según J. HARMAND, *L'armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, Paris 1967, 64 sig. fig. 2.

21. P. COUSSIN, *Les Armes Romaines*, Paris 1926, 247 sig. y 316, lám. III n.º 13; H. M. D. PARKER, *The Roman Legion*, Oxford 1928 (reimpresión 1958), 15 n. 2.

de parada no llevan ya umbo, sino que, en sustitución suya, están decorados con haces de rayos y con estrellas²².

Y así, lo mismo que el tiempo de utilización del escudo longitudinal ovalado puede confirmarse por los monumentos desde mediados del período helenístico hasta bien entrada la época imperial, así también la difusión en el espacio de este arma defensiva no estuvo estrechamente limitada. Lo encontramos no sólo entre los romanos y celtas, cuyo escudo de La Tène no tiene más que una ligera curvatura, sino que, prescindiendo por completo de nuestro relieve de Tarragona, hay escudos de este tipo documentados también en otros puntos del territorio hispánico. En la decoración interior grabada de un plato ibérico de plata del II Tesoro de Tivisa, que según los estudios llevados a cabo por K. Raddatz²³ debió ser enterrado aproximadamente entre los años 180 a 170 a.C. —quizá aún con alguna anterioridad a esta fecha— aparece entre otras diversas escenas un caballero con un escudo ovalado puntiagudo (fig. 2). Otro escudo muy relacionado con éste, pintado de amarillo, con guarniciones metálicas ovaloides y con estrellas negras pintadas, que un joven caballero lleva colgado de su lanza, se encuentra en la pintura de una sepultura campaniense de Capua; y en otra pintura sepulcral de la misma necrópolis se ha conservado otro caballero que lleva un escudo de análoga forma oblonga, pero pintado de colores más claros, con la guarnición en tono dorado, colgado en el costado de su caballo²⁴. Del Bajo Aragón procede una estela ibérica del Museo Arqueológico de Barcelona, en cuyo com-

22. TH. KRAUS, *Das römische Weltreich*, en *Propyläen Kunstgeschichte II*, Berlin 1967, lám. 108; H. KÄHLER, *Rom und seine Welt*, Munich, 1958, lám. 163 arriba. V. también el escudo ovalado colgado en un mosaico de Palestrina, RM. 63, 1956, lám. 5, 2, así como el escudo en el Trofeo de una estatua con coraza trajana de Leiden, Berytus 12, 1956/58, lám. XIII, 40, n.º 139. En gemas, por ejemplo: AGDS IV, Hannover 1975, p. 97 n.º 388, lám. 56 (caballero); n.º 390, lám. 56 (batalla); p. 142 n.º 668, lám. 87. Minerva sosteniendo un escudo ovalado con espina central en un zócalo con cuatro dioses de época de los severos, de ALZEY E. KÜNZEL, *Corpus Signorum Imperii Romani*, Deutschland II 1 Germania Superior, Bonn (1975), lám. 5.

23. K. RADDATZ, *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, MF. 5, Berlin 1969, 263, catálogo n.º 15; lám. 78 b y fig. 26 en p. 264; L. FERNÁNDEZ FUSTER, *RevArchBiblMus.* 61 (1955), 269 sigs. lám. I y V fig. 3. V. la crítica por K. RADDATZ, *op. cit.*, 7. V. también RADDATZ, *op. cit.*, 40 sig. y 72 sigs.

24. F. WEEGE, *Oskische Grabmalerei*, Jdl. 24 (1909), 99 sigs. esp. 104 sig. con fig. 3 y lám. 9, 1; 106 sig. y 144 sigs.; para comparar v. también fig. 15. WEEGE, *op. cit.*, 145: «Tenemos motivos para suponer que los romanos adoptaron este escudo ovalado hacia el 300 de los oscos samnitas y campanicos. Desde el s. III éste es corriente en el ejército romano, en formato mayor en la infantería y algo menor en los caballeros». Un caballero con escudo ovalado se encuentra también en una crátera de campana de la Italia inferior en Varsovia (147382). A. D. TRENDALL, *The Red-Figures Vases of Lucania Campania and Sicily*, Oxford 1967, 440 n.º 582 lám. 174, 2.

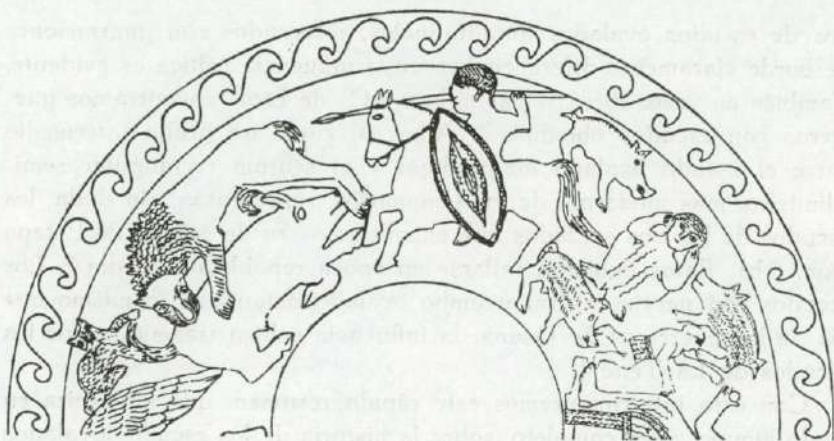


FIG. 2. Relieve de Tivisa. Fragmento.

partimento superior está representado un caballero armado con lanza y escudo ovalado²⁵. En un sillar de esquina con relieves, encontrado el año 1903 en Osuna²⁶, que figuró en el lote de piezas que con la Dama de Elche y otros objetos fueron devueltos por Francia a España en 1971²⁷, está representado en cada uno de los lados que forman el ángulo recto un guerrero ibérico: en el primero de ellos; uno que, cubierto con su escudo, acecha tensamente al enemigo y en el segundo otro en actitud de abalanzarse hacia el lado izquierdo (lám. 5 a). La suposición de que se trata de guerreros ibéricos aparece confirmada por la falcata que ambos empuñan en su mano derecha. Pero en vez de aparecer pertrechados con el escudo redondo, característico de los pobladores indígenas de Hispania en la Edad del Hierro —como el que sostiene con su brazo extendido el que aparece en el suelo de la lám. 4 b—, la cetra, que corresponde aproximadamente al clipeo de los romanos o a la pelta de los griegos²⁸, estos guerreros están arma-

25. *HistEsp.* I, 3, 336, fig. 207.

26. A. ENGELS y P. PARIS, *Une forteresse ibérique à Osuna*, Paris 1906, lám. XIV/XV.

27. A. GARCÍA Y BELLIDO, *La Dama de Elche...*, Madrid 1943, 93 sigs. lám. 18 sig.; EL MISMO, *ArsHisp.* I, Madrid 1947, 236 sigs. fig. 278 sig.; H. SCHUBART, *Die Iberer*, en G. LILLIU-H. SCHUBART, *Frühe Randkulturen des Mittelmeerraumes*, Baden-Baden, 1967, lám. 16.

28. V. G. DE LA CHICA, *El armamento de los iberos*, *RevArchBiblMus.* 63, I (1957), 309 sigs. La información de H. Schubart, *op. cit.*, 163, con fig. 2 en p. 168, de que los guerreros ibéricos «posteriormente bajo la influencia romana llevaron también sencillos escudos redondos» se presta en esa forma a interpretación errónea. ¿Qué época debe entenderse por «posteriormente»? Como muestran recientes hallazgos de esculturas, la cetra aparec ya como arma defensiva, no sólo en Celtiberia, sino también en el territorio meridional español en el s. IV a.C.

dos de escudos ovalados longitudinales, reforzados con guarniciones de borde claramente diferenciadas, cuya influencia céltica es evidente. También en vasos ibéricos del siglo II a.C., de Liria, encontramos guerreros con escudos oblongos²⁹. Algo así como un grado intermedio entre el escudo ovalado longitudinal y el scutum rectangular semicilíndrico, más moderno, de los legionarios, representan, sin duda, los escudos de los dos soldados que encontramos en un relieve de Estepa (lám. 5 b). Estos debieron tallarse en época republicana tardía³⁰. Los escudos con nervio central y umbo ovalado dejan ver, lo mismo que los de los guerreros de Osuna, la influencia céltica transmitida por los escudos de La Tène II.

Con esto interrumpiremos este rápido resumen, que no aspira en modo alguno a ser completo, sobre la historia de los escudos ovalados y volveremos a tratar del umbo circular del escudo de Minerva, que antes habíamos dejado pendiente.

Como ya se indicó anteriormente, debió haber habido un motivo especial para que el umbo de un escudo redondo en el scutum que llegaba a la altura del pecho, ocupase el sitio de un umbo que, por regla general, era ovaloide. Esta variación y la elección de una cabeza de animal relativamente grande en lugar de la conocida Gorgona, casi siempre de forma circular, que decoraba generalmente el escudo redondo y que, con toda seguridad, había sugerido esta «combinación»³¹, tenía que atraer la atención sobre ella.

El gran umbo redondo está rodeado por un surco circular tallado profundamente a cincel en la piedra³² (lám. 3 a). A pesar de la corro-

29. V. por ejemplo A. GARCÍA Y BELLIDO, *La Dama de Elche*, 89, fig. 89; HistEsp. I, 3, Madrid 1954, 313, fig. 186. G. NICOLINI, *Les Ibères*, Paris 1973, 42; 116.

30. C. FERNÁNDEZ-CHICARRO Y DE DIOS, *Catálogo del Museo Arqueológico de Sevilla*, Madrid 1969², 50 n.º 24 (sala XI con la nueva instalación del Museo); v. también las observaciones de C. FERNÁNDEZ-CHICARRO, *op. cit.*, 41 sigs., sobre los monumentos de arte ibérico expuestos en el Museo.

31. V. por ejemplo el escudo redondo con la Medusa en el llamado relieve Lanckoronski; v. B. SISMONDO RIDGEWAY, *The Severe Style in Greek Sculpture*, Princeton 1970, fig. 143. Sobre la Medusa como emblema de escudo: E. BUSCHOR, *Medusa Rondanini*, Stuttgart 1958, 25 sig. Un escudo ovalado con nervio central y Gorgona como umbo se encuentra en un relieve de Petra, *Annual of the Dept. of Ant. of Jordan* 12/13, 1967/68, lám. 18, fig. 6.

32. La sugerencia no puede venir de escudos de parada romanos. Umbos redondos decorados con representaciones de bustos de Minerva, Ganimedes y Hércules, ocasionalmente también con una cabeza de Medusa, no se conocen en escudos de parada hasta la época imperial; v. R. MÜNSTERBERG, *Bronzereliefs vom Limes*, ÖJh. 6, 1903, 69 sigs. (umbo elíptico de Carnuntum); W. BYVANK, *Nederland in den romeinschen tijd*², 1944, 2, 350, lám. 29, fig. 56 (umbo de Blerick con cabeza de Medusa); H. KLIMBACH, *Ein Paradeschildbuckel aus Miltenberg, Bayr, Vorgesichtsblätter* 25, 1960, 125 sigs.; EL MISMO, *op. cit.*, 36, 1971, 283 sigs.; E. B. THOMAS, *Helme-Schild-Dolche*, Amsterdam 1971, 31 sigs. Para los escudos de madera

sión que ha sufrido la superficie del relieve, se puede distinguir aún claramente la cabeza de una fiera. El hocico que, a pesar de lo aplanado de la representación, presentaría un ligero resalte, está ahora casi completamente destruido. En cambio, a ambos lados de él, se han conservado dos arrugas que se extendían hacia los lados. No puede saberse hoy si las fauces estaban más o menos abiertas, ya que el sitio que ocupaban está destruido. Es de suponer, sin embargo, que muy probablemente estaban abiertas, porque una línea grabada de forma ovalada que existe desde luego y puede también reconocerse en la fotografía y que se encuentra por encima de la mandíbula inferior, no puede interpretarse más que como una lengua colgante. Las orejas, pronunciadamente puntiagudas, hacen que veamos en el animal mucho más un lobo que un león. Hay que notar aquí que en la decoración pintada de vasos ibéricos, en la que son extraordinariamente frecuentes las representaciones de lobos, éstos aparecen con orejas puntiagudas, que unas veces son más largas y otras más cortas³³.

¿Qué motivos, propósitos o conceptos pueden haber llevado a colocar un protomo de lobo en el escudo de Minerva, diosa que en ningún momento ha tenido relación con lobos? ¿No podría, tal vez, haberse tenido en cuenta en primer lugar a la población indígena, para la que la imagen de esta fiera tenía una determinada y especial significación? Desde luego, el notable papel que el lobo desempeñó en la historia religiosa romana es tan conocido que no hace falta referirse especialmente a él y también es conocido que en el ejército romano figuró como animal en los estandartes³⁴. Pero hasta ahora no existía ni una sola prueba de su utilización como emblema del escudo romano y tampoco puede señalarse ningún caso en que en monumentos romanos antiguos hayan aparecido protomos de lobos que puedan relacionarse con el que figura en el escudo de Minerva. Conocemos, en

ovalados pintados, posteriores, con umbos redondos de bronce v. C. HOPKINS-F. E. BROWN-R. J. GETTENS, *Excavations at Dura-Europos. Preliminary Report of the Seventh and Eighth Seasons of Work, 1933-34 y 1934-35*, 327 sig. lám. XLII.XLV.

33. *HistEsp. I* 3, Madrid 1954, 653 fig. 626; 656 fig. 633; *Corp. Vas. Hisp. Azaila*, 63 fig. 45; 69 fig. 46 y 47; lám. 30, 1 a; 32, 1, para no citar aquí más que unos pocos ejemplos de Azaila escogidos ad hoc.

34. F. ALTHEIM, *Römische Religionsgeschichte*, vol. 2, Berlin 1932, 72 sigs.; estandartes con lobos: PLINIO, *Nat. hist.* 10, 5 (16); U. W. SCHOLZ, *Studien zum altitalischen und altrömischen Marskult und Marsmythos*, Heidelberg 1970, 43 con n. 52; A. ALFÖLDI, *Die Struktur des voretruskischen Römerstaates*, Heidelberg 1974, 80; J. CROUS, *Florentiner Waffentpfeiler und Armilustrium*, RM. 48, 1933, 1 sigs., esp. 76 tipo 11.

cambio, representaciones suyas en objetos de arte ibérico en metal y piedra.

Hay que citar aquí en primer lugar el emblema de una cabeza de fiera, rodeada de una fila de bellotas que aparece en un plato de plata del II Tesoro de Tivisa (Tarragona) (lám. 4 a) que, con gran probabilidad debe venir del primer cuarto del siglo II a.C.³⁵. K. Raddatz que, en el marco de su extenso estudio sobre los tesoros de plata, se ocupó también muy detenidamente de los platos de Tivisa, llegó a la conclusión de que las dos piezas de este tesoro que muestran en el emblema una cabeza de fiera —además de la cabeza de lobo reproducida aquí en la lám. 4 a, hay otra que Raddatz interpreta como cabeza de oso³⁶— sin duda alguna fueron hechos, como todos los demás objetos del tesoro, por plateros indígenas ibéricos y con ello hizo verosímil la opinión de que sus modelos, en contraposición a algunos pareceres como los que J. M. Blázquez sostiene desde hace años y ha afirmado recientemente, incluso en manuales dedicados a la enseñanza³⁷, hay que buscarlos, no en escudos de Creta o en prototipos toreúticos de Luristán, sino que habría que pensar más bien en imitaciones de emblemas con cabezas de león de recipientes de bronce y de plata de la toréutica helenística —que los plateros ibéricos transformaron en cabezas de animales de la fauna conocida indígena—, aun cuando estos modelos no se encuentren documentados como realizados en metal, sino que haya que deducirlos indirectamente de la cerámica en relieve helenística. Para nuestra relación es de gran interés poder ver de qué manera el modelo helenístico, que constituyó la base, se cambió de estilo para amoldarse al espíritu y al gusto ibéricos, muy evidentemente en primer lugar con la alteración de las proporciones y también por medio de abstracciones en el sentido de un cierto «arcaísmo». También llama la atención que la cabeza de lobo del plato de Tivisa se diferencia de otros ejemplares que han de citarse ahora mismo, en que sus fauces están cerradas y no se ve la lengua —tal como debió ser el caso del ejemplar helenístico utilizado como modelo.

Una lengua decididamente colgante encontramos en cambio en la

35. K. RADDATZ, *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, MF. 5, Berlin 1969, 7 sigs. 49 sigs. (datación). 72 sigs. 263, cat. n.º 14.

36. RADDATZ, *op. cit.*, lám. 76 sig.

37. Ampurias 17/18 (1955/56), 111 sigs.; id. 19/20 (1957/58), 241 sigs.; J. M. BLÁZQUEZ, *Die Mythologie der Althyspanier*, en «Wörterbuch der Mythologie», Götter u. Mythen im Alten Europa, I, 10, Stuttgart 1972, 816 sigs., esp. 818; J. M. BLÁZQUEZ, *Diccionario de las Religiones Prerromanas de Hispania*, Madrid 1975, 84 sigs.

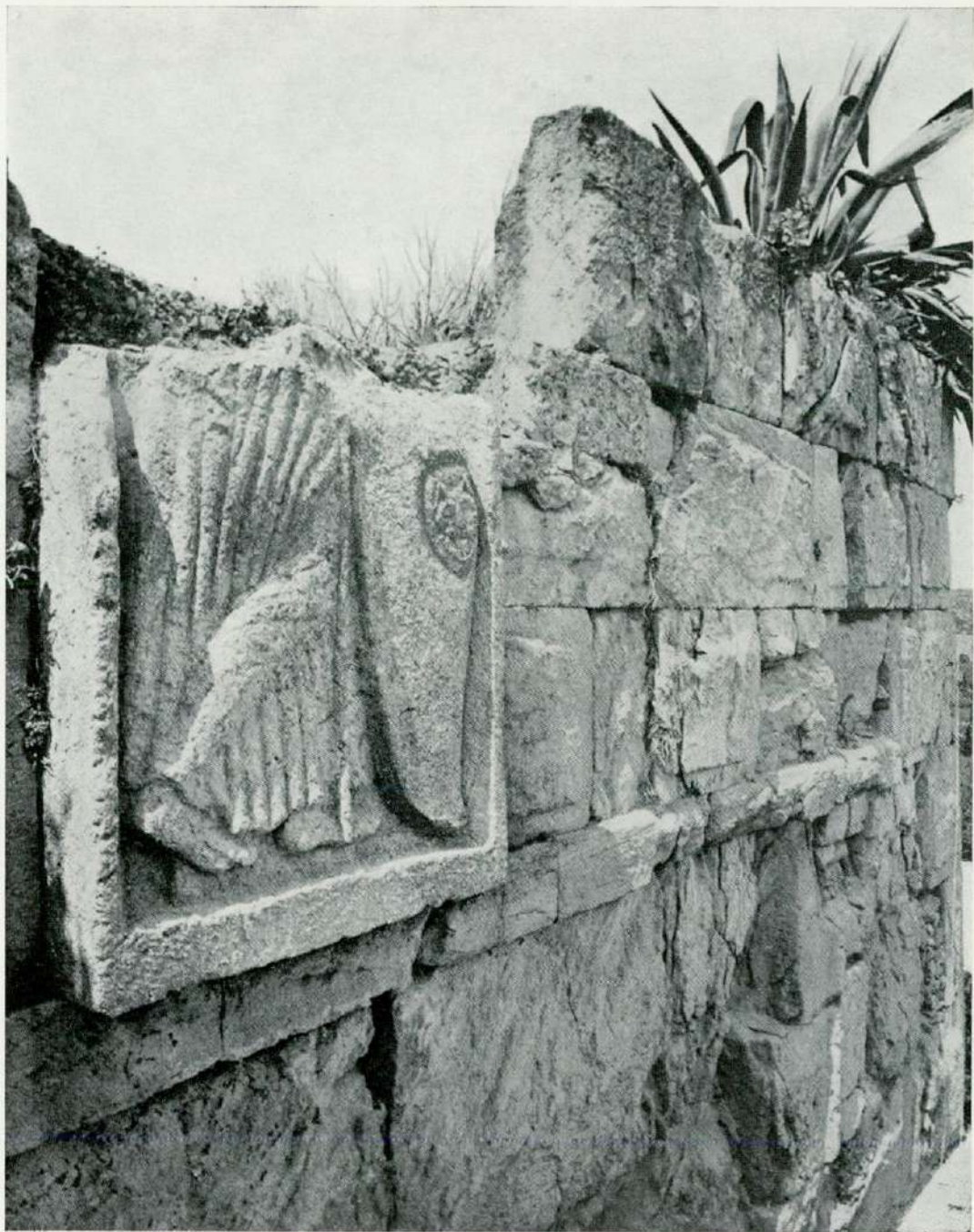


LÁMINA 1. Tarragona. Relieve de Minerva en la Torre de San Magin.
Vista oblicua. Inst. Neg. R 19-74-3.



LÁMINA 2. Tarragona. Relieve de Minerva. Vista de frente. Inst. Neg. R 19-74-3.



LÁMINA 3 a. Tarragona. Relieve de Minerva,
escudo, umbo. Inst. Neg. R 20-74-1.



LÁMINA 3 b. Elche. Pectoral de un guerrero.
Inst. Neg. PLF 100.



LÁMINA 4 a. Museo Arqueológico, Barcelona. Plato de plata de Tivisa, detalle. Inst. Neg. PLF 1260.

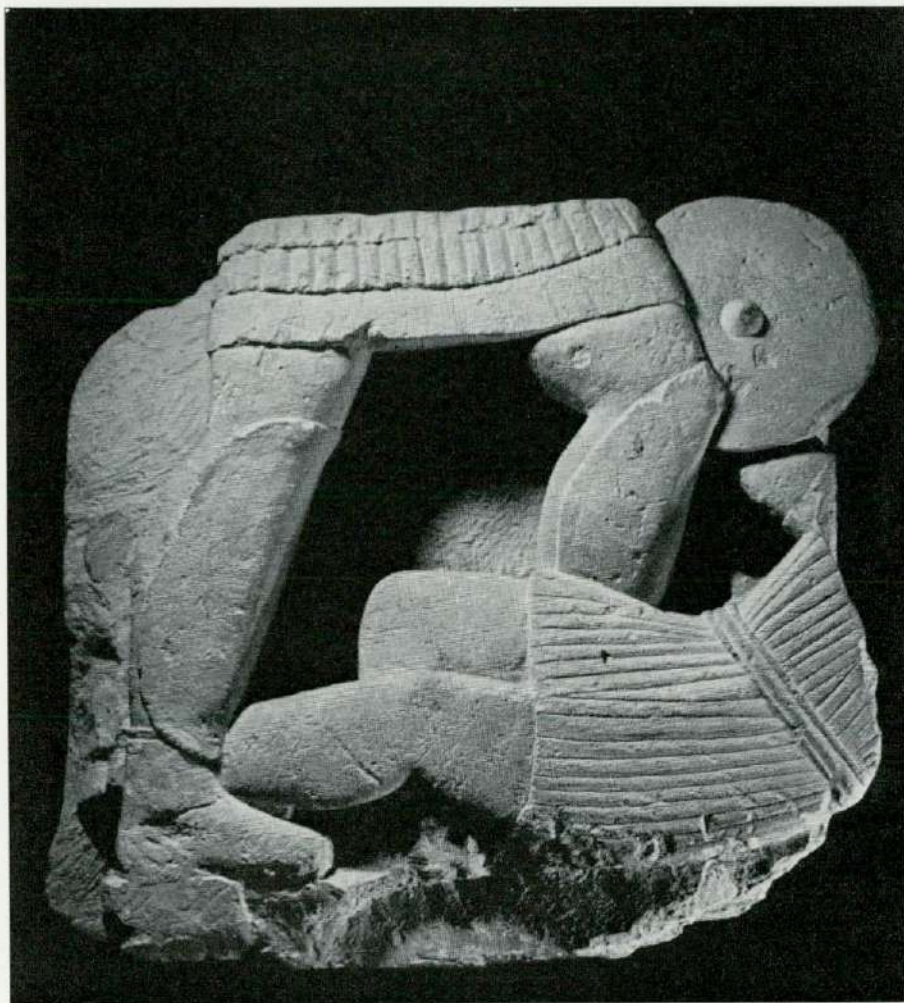


LÁMINA 4 b. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Relieve de Osuna. Inst. Neg. PLF 2854.



LÁMINA 5 a. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.
Relieve de Osuna. Inst. Neg. K 089.



LÁMINA 5 b. Museo Arqueológico Provincial, Sevilla.
Relieve de Estepa. Inst. Neg. PLF 178.

cabeza de lobo que aparece en el escudo que cubre el pecho estando sostenido por cintas, decoradas con bellotas alternadas —semejantes a las que rodean el protomo en el emblema del plato de Tivisa— del torso de la estatua de un guerrero ibérico de Elche³⁸. Con toda la reserva que hay que mantener para datar la escultura ibérica podría decirse que esta estatua se realizó probablemente en el siglo IV a.C. En todo caso, la inspiración para concebir la cabeza del lobo, de magnífica ejecución, en la que volvemos a encontrar la característica conocida del estilo de arte ibérico, elevado a una categoría de más alta calidad, apenas debió tomarse de la toréutica helenística, sino que aquí hay que pensar en modelos más antiguos³⁹ (lám. 3 b).

Otros ejemplos impresionantes de una obra de arte ibérico arcaizante, que evidentemente ocupa un escalón anterior en cuanto a su situación temporal, son las guarniciones de bronce de Menjíbar (Jaén), dos de las cuales se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional y otra en la colección de la Real Academia de la Historia, en Madrid. En la sala de las antigüedades ibéricas del Museo Arqueológico Nacional se halla expuesta en una vitrina, sin explicación alguna, una de estas piezas, que aparece también reproducida en el folleto publicado por el Ministerio de Educación y Ciencia, en 1972, con ocasión de la inauguración de las salas del Museo en su nueva instalación⁴⁰. Estos bronce de Mengibar, técnicamente de muy buena factura, con escenas mitológicas grabadas y que terminan en cabezas de lobos, son guarniciones que podrían haberse encontrado en su momento decorando los brazos de un trono o la silla de un sacerdote, aunque

38. A. BLANCO FREIJEIRO, *MM.* 1, 1960, 118, lám. 25 a. BLANCO, *op. cit.*, describe la cabeza de la fiera como «cabeza de león de impresionante fuerza»; según la opinión del autor se trata, sin embargo, más bien de un lobo —en todo caso eso es lo que se intentó—, pues las orejas puntiagudas del animal no se distinguen en modo alguno de las del lobo en el plato de Tivisa; y en lo que se refiere a los tres cuartos de círculo dentado, que tal vez pudiera interpretarse como una «melena de león» muy estilizada, se trata aquí nada más que de una cinta en forma de círculo, formada por una fila de triángulos, que rodea la cabeza del lobo, lo mismo aquí que en el emblema del plato de Tivisa y también en otros ejemplares que han de mencionarse aún.

39. Así, por ejemplo, a pesar de la oposición manifestada por RADDATZ, *op. cit.*, en modelos como los relieves circulares de chapa de bronce repujada con cabezas de león, máscaras de Aqueloo y otros; v. F. MATZ, *Zur Kapitولينischen Wölfin* en «Studies presented to David Moore Robinson», San Luis 1951, 754 con n. 4, lám. 93 b.

40. Museo Arqueológico Nacional. *Las nuevas salas de antigüedades ibéricas y clásicas*. Ed. Ministerio de Educación y Ciencia —Dirección General de Bellas Artes, Madrid, 1972. En la guía provisional, sin paginar, de las salas de nueva instalación de las antigüedades ibéricas y romanas está reproducida una guarnición de bronce de Mengibar en la página 17— después del «Tesoro de Jávea» y antes de la «Bicha de Balazote». De allí está tomado nuestro dibujo de la fig. 3; J. M. BLÁZQUEZ, *Diccionario*, 89 («lanzas de carro»).

también se les podría imaginar como remate de un altar o en las varas de un carruaje destinado al culto.

Como M. Almagro Basch prepara una publicación sobre los broncees, es de comprender que no debe uno anticiparse al trabajo en perspectiva, por lo que se prescindió de solicitar una fotografía del Museo, contentándonos con dar al lector, por medio de un sencillo dibujo lineal, una idea aproximada del aspecto que ofrece una de estas cabezas de lobo de gran fuerza de expresión, de mirada reservada y amenazadora (fig. 3).

La significación apotropeica postulada por Blanco, Raddatz y Blázquez, en sus argumentaciones acerca de los guerreros con pectorales



FIG. 3. Cabeza de lobo en una guarnición de bronce (¿del brazo de un trono?). Dibujo tomado de la ilustración que aparece en la página 17 de la Guía del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, «Las nuevas salas de antigüedades ibérica y clásicas», Madrid 1972.

de Elche, así como sobre los platos de Tivisa, que se supone eran utilizados en el culto, encuentra una nueva confirmación en los broncees de Menjíbar, y si avanzamos aún un paso más, también en el gran umbo redondo con el protomo de lobo que figura en el escudo ovalado de Atenea, de una fuerza análoga, —que a nuestro juicio debe enfocarse más bien hacia la población indígena.

Todo intento de ajustar aún más la localización temporal del relieve, más allá de la ordenación general obtenida mediante las consideraciones aquí expuestas, por métodos interpretativos, tendría que resultar infructuoso, ya que por un lado, el material disponible para establecer una comparación con respecto a cuestiones de antigüedad,

se distribuye a lo largo de un muy amplio espacio de tiempo sin un «desarrollo» reconocido como seguro y ya que, por otro lado, esculturas como por ejemplo las estatuas ibéricas del Cerro de los Santos o los relieves iberorromanos de Osuna, que, junto a los togados de época republicana de Tarragona, pueden mencionarse como ejemplos de un tratamiento simplificado, de líneas planas, de la superficie —que se simultanea con un manejo muy despreocupado de las proporciones y funciones de los miembros del cuerpo humano— no han sido objeto hasta ahora de un detenido análisis de estilo y de una ordenación cronológica que ofrezca seguridades.

A pesar de eso tenemos motivos fundados para fechar el relieve a finales del siglo III a.C., porque, de acuerdo con los conocimientos obtenidos en los estudios realizados sobre la construcción de la «Torre de Minerva», debió tallarse en la misma época en la que la torre, originariamente un torre de ángulo, en cuya fachada E. está incorporado el relieve, fue construida. Su edificación se remonta, con gran verosimilitud, a la época de los Escipiones; en todo caso, lo mismo la torre que el tramo de muro contiguo por el lado O. pertenecen a la parte más antigua de la fortificación de la ciudad. Hay que esperar que este alto replanteo cronológico, que en sentido estricto es sólo una hipótesis, pueda ser controlado y confirmado en un día no muy lejano por medio de excavaciones profundas realizadas en el relleno de la torre. Hasta ahora el muro que se le une por el SE., que evidentemente debido a una ampliación de los planos de construcción no se levantó hasta después de un espacio de tiempo bastante considerable, y con cuya extremidad, que tocaba a la «Torre de Minerva», quedó tapado el relieve, es realmente la única parte de la muralla que se ha estudiado por medio de excavaciones⁴¹.

Los resultados del estudio y clasificación del material cerámico de la muralla encontrado en 1950-51 en el interior del muro, a unos 50 m al SE. de la Torre de Minerva, en las ya mencionadas excavaciones o sondeos hechos por J. Sánchez Real y N. Lamboglia, fueron dados a conocer primero por Lamboglia en forma extremadamente concisa en un corto artículo⁴². En el apéndice de una comunicación

41. V. el plano de la planta en TH. HAUSCHILD, *op. cit.*, 247, fig. 1. Es lástima que M. TARRADELL en el artículo *Las ciudades romanas en el este de España*, en *Ciudades Augusteas de Hispania, I*, Zaragoza 1976, 300, no haya explicado con bastante claridad su frase de que hasta ahora se había realizado sondeos exclusivamente en una parte de la muralla que con seguridad es más moderna que la «Torre de Minerva». Las excavaciones en esta torre se iniciaron en 1976.

42. N. LAMBOGLIA, *Opus certum*, Riv. di Studi Liguri 24 (1958), 164 sig.

sobre el problema de la muralla y los comienzos de Tarragona, publicado hace poco, pero que el investigador italiano había presentado ya en 1952, con ocasión del VI Congreso Internacional de Prehistoria y Arqueología en Tarragona⁴³, expuso Lamboglia los resultados de su estudio sobre el material cerámico en forma algo más extensa, aunque sin poder acompañar el texto con reproducciones de la cerámica encontrada, como hubiese sido de desear. La publicación de los dibujos ya existentes de dicha cerámica se la ha reservado J. Sánchez Real, de Valencia.

Sobre la cerámica hallada en un (o dos?) compartimento(s) de la muralla en la prospección allí realizada, puede decirse resumiendo que, exceptuando un único fragmento de un kylix griego de figuras rojas de finales del siglo V o principios del IV a.C. que debió haber llegado al relleno de la muralla desde el escombros del poblado del oppidum prerromano, todos los restantes fragmentos de cerámica, en especial los de los platos y vasos de Campana A, de ánforas y de vasos ibéricos del tipo «sombrero de copa», sugieren una datación de este muro en la época del primero o segundo decenio después del año 200 a.C., aproximadamente. La suposición de que la Tarraco ibérica había sido ya un oppidum de dimensiones bastante considerables, antes de la llegada de los Escipiones, pudiera ser acertada. Sin embargo, es completamente seguro que es a P. Cornelio Escipión el Mayor, así como a su hermano Cneo y, posteriormente, también al joven P. Cornelio Escipión, a los que hay que atribuir el haber transformado, con todas las fuerzas disponibles y con grandes esfuerzos, este cuartel general, de situación ideal en todos aspectos, al que las tropas se retiraban siempre para invernar, en una ciudad muy fortificada: *Tarraco Scipionum opus* —sin olvidar el propósito de hacer al mismo tiempo con ello una enérgica demostración de su poder militar. El terreno de la base militar, que ya en el plano comprendía un área muy extensa, pero que evidentemente se amplió posteriormente en unas 60 hectáreas y fue cercado por la muralla que crecía sucesivamente por tramos, tenía que ofrecer no sólo cabida suficiente para los soldados romanos, la impedimenta y la administración civil sino, según parece, incluía además una zona de habitación para la población indígena, ya que entablar y mantener unas buenas relaciones con ella era de vital interés

43. EL MISMO, *Il problema delle mura e delle origini di Tarragona*, en *Miscelánea Arqueológica* 1, Barcelona (1974). XXV Aniversario de los Cursos de Ampurias (1947-1971) 397 sigs., con carálogo de la cerámica encontrada, id. 402 sigs.

y de gran utilidad para los romanos⁴⁴. Es sabido que lo consiguieron y también es conocido el gran prestigio de que gozó P. Cornelio Escipión el Joven entre las tribus indígenas hasta su regreso a Roma el año 205, hasta el punto de que querían proclamarlo rey. Sin embargo, a pesar de la energía desplegada por los Escipiones, la edificación de la muralla, por ellos iniciada, e impulsada mientras actuaron en el país, se arrastró en la época siguiente durante una serie de años y no alcanzó su terminación definitiva hasta finales del primer cuarto del siglo II a.C., tanto más si se tiene en cuenta que, durante su construcción, se llevaron a cabo modificaciones y ampliaciones en su planeamiento.

Un fenómeno interesante de esta primera fase de romanización incipiente de Hispania la constituye la convivencia y el trabajo en común entre conquistadores y población indígena y asimismo la notoria disposición para intercambiar conocimientos y aprender unos de otros. No cabe la menor duda de que los trabajadores que construyeron los muros eran en su mayoría, con toda seguridad, iberos que trabajaban siguiendo las instrucciones de oficiales-ingenieros romanos y de mandos subalternos. Los romanos se dejaron convencer por estos indígenas de que, en las condiciones dadas, era conveniente construir la zona que formaba la base de los muros con bloques megalíticos, técnica que estos últimos dominaban a la perfección y que tampoco era desconocida para los romanos⁴⁵. Por otro lado, los obreros aprendieron y aceptaron rápidamente la técnica romana de la construcción con sillares, enseñada por los nuevos amos, y edificaron de este modo la parte del muro que se levantó sobre el imponente zócalo. Que fueron los mismos obreros iberos los que en él trabajaron lo demuestran los signos ibéricos de canteros que aparecen tallados en muchos sillares⁴⁶.

Un caso, aunque no completamente idéntico, sin embargo en principio análogo y comparable, de la confluencia de lo romano y lo ibérico

44. V. N. LAMBOGLIA, *Miscellánea Arqueológica*, 400. Se puede recordar en este resumen también la vida que hacían unos junto a otros los romanos y la población indígena en Córdoba, que fue fundada por Marco Claudio Marcelo en el segundo cuarto del s. II a.C. completamente al lado de un oppidum ibérico ya existente; v. A. BLANCO FREIJEIRO y R. CORZO SÁNCHEZ, *El urbanismo de la Bética en Ciudades Augusteas de Hispania I*, Zaragoza 1976, 140 sig., fig. 1.

Dra. Mercedes Vegas de Wigg, quien tuvo la oportunidad en otoño de 1977 de ver en casa de J. Sánchez Real en Valencia, los fragmentos de cerámica procedentes de los sondeos de 1950/51 en Tarragona, nos comunicó que en su opinión, esta cerámica estaría comprendida entre el final del siglo III y el primer cuarto del siglo II a.C.

45. V. HAUSCHILD, *op. cit.*, 260.

46. *HistEsp. II*, Madrid 1935, 27, fig. 24.

debió darse, a nuestro juicio, en la erección del relieve de Minerva antes del año 200 a.C., en el sentido de que aquí seguramente los golpes y los cinceles fueron dados y manejados por las manos de artesanos ibéricos que, por encargo romano y según modelo, tal como uno debe imaginárselo, trabajaron en piedra la representación de la diosa.

Si se tiene presente el número tan reducido de estatuas romanas de la primera época republicana que ha llegado hasta nosotros⁴⁷, se apreciará debidamente el valor que ofrece como documento histórico este relieve, conservado, por desgracia, sólo fragmentariamente, pero que, tal como está ejecutado, apenas podría haberse dado en otra provincia romana y que tiene de común con la mayoría de los monumentos ibéricos con los que se le ha comparado un cierto «sello hispánico».

Wilhelm GRÜNHAGEN

47. Es significativo para darse cuenta de las lagunas que lamentablemente existen en lo referente a monumentos de piedra del s. II a.C. en Zaragoza, no sólo en cuanto a esculturas, sino también a inscripciones en piedra, el que entre las 18 inscripciones anotadas por G. Alföldy de la época republicana —entre ellas tres bilingües latinoibéricas— ni siquiera media docena pueden colocarse con anterioridad al final del s. II a.C. o principios del s. I a.C.; y a esto hay que añadir que las pocas dataciones tempranas no son en ningún caso seguras, sino —con razón— sólo se dan como posibilidades a considerar; v. G. ALFÖLDY, *Die Römischen Inschriften von Tarraco*, MF. 10, Berlin (1975), 1 sigs.